dado; y Jesús, al reunirnos bajo la sagrada bandera de su Iglesia, nos dice: «*Qui non est mecum, contra me est:* El que no está conmigo, está contra mí.»

## VI.

¿Es posible conciliar la Iglesia y la Revolucion?

No; porque no lo es más que el que se avengan entre sí el bien y el mal, la vida y la muerte, la luz y las tinieblas, el cielo y el infierno. Escuchad lo que dijo en otro tiempo una lógia de carbonarios en un documento secreto: «La Revolucion solo es posible con una condicion: el aniquilamiento del Papado; mientras que Roma exista, todas las conspiraciones del extranjero y revoluciones de Francia no tendrán más que resultados muy secundarios. Aunque débiles como poder temporal, los Papas tienen aun una fuerza moral inmensa. Contra Roma deben dirigirse, pues, todos los esfuerzos de los *amigos de la humanidad*. Con tal de destruirla todos los medios son buenos. Una vez derribado el Papa, naturalmente caerán los demás monarcas.»

Edgard Quinet dice por su parte: «Preciso es que caiga el catolicismo. ¡No haya tregua para el *Injusto!* No se trata solo de combatir el Papado, sino de estirparlo; y no solo estirparlo, sino de deshonrarlo; y no solo de deshonrarlo, sino de hundirlo en el fango.» «En nuestros consejos está decidido, dice la *Venta Suprema*, que no consintamos más cristianos.» Ya antes habia dicho Voltaire: «Aplastemos al infame;» y Lutero: «Lavemos nuestras manos en su sangre.»

La Iglesia proclama los derechos de Dios como principio tutelar de la moralidad humana y de la salvacion de



las sociedades; la Revolucion solo habla de los derechos del hombre, constituyendo una sociedad sin Dios. La Iglesia toma por base la fe, el deber cristiano: la Revolucion ningun caso hace del cristianismo; no cree en Jesucristo: pone la Iglesia á un lado, y se forma no sé qué deberes filantrópicos, que no tienen otra sancion sino el orgullo del *hombre de bien*, y el miedo á los gendarmes. La Iglesia enseña y conserva todos los principios de órden, de autoridad, de justicia: la Revolucion los combate todos, y con el desórden y la arbitrariedad constituye lo que se atreve á llamar el derecho nuevo de las naciones, la civilizacion moderna.

El antagonismo es completo: luchan entre sí la obediencia y la rebeldía, la fe y la incredulidad.

Ninguna conciliacion es posible, y ménos transaccion ni alianza alguna. Quede esto bien impreso en vuestra memoria: que todo cuanto la Revolucion no ha creado la es odioso; que todo cuanto odia, lo destruye. Que se le entregue hoy el poder absoluto, y á pesar de sus protestas será mañana lo que fué ayer y lo que fué siempre: la guerra á muerte contra la religion, la sociedad, la familia. Y no diga que hablando así la calumniamos; ahí están sus palabras y sus obras para probarlo. Acordáos de lo que hizo en 91 y 93 cuando fué dueña del poder.

En esta lucha, uno de los dos partidos será vencido tarde ó temprano, y este será la Revolucion. Puede ser que parezca triunfar por un momento: podrá ganar victorias parciales, primero, porque la sociedad, de cuatro siglos á esta parte, ha cometido en toda Europa enormes faltas que la han atraido un justo castigo; y luego, porque el hombre es siempre libre, y la libertad, aun cuando se abusa de ella, constituye un gran poder. Pero tras el Viérnes

Santo viene siempre el Domingo de Pascua; y Dios mismo es quien, con su verdad infalible, ha dicho al Jefe visible de su Iglesia: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella.»

## VII.

¿Cuáles son las armas ordinarias de la Revolucion?

Ella misma lo ha dicho y lo ha probado muy á menudo.

«Para combatir á los príncipes y á los santurrones, todos los medios son buenos: todo está permitido para anonadarlos: la violencia, la astucia, el fuego y el hierro, el veneno y el puñal; el objeto santifica los medios. (1)» Ella se hace todo, para unir todo el mundo con su causa. Para pervertir á los cristianos, para extirpar el espíritu católico, se sirve de la educacion, que malea; de la esperanza, que envenena; de la historia, que falsifica; de la prensa, de la que hace el uso que todos saben; de la ley, cuyo traje adopta; de la política, á quien inspira; de la Religion misma, de la cual toma algunas veces las esterioridades para seducir á las almas. Se sirve de las ciencias, y encuentra medio de que estas se rebelen contra el Dios de las ciencias; se sirve de las artes, las cuales bajo su influencia mortal producen la perversion de las costumbres públicas y la deificacion de la sensualidad.

Á Satanás, con tal que logre su objeto, poco le importan los medios que emplea. No es tan escrupuloso como se cree, y sus amigos tampoco lo son.

Sin embargo, puede decirse que el carácter principal de los ataques de la Revolucion contra la Iglesia es la au-

(1) Carta de un revolucionario de Alemania á un fracmason.



dacia y la mentira. Por la audacia hace flaquear el respeto al Papado; vilipendia á nuestros Obispos y sacerdotes; bate en brecha las instituciones católicas más venerandas; y con la mentira, repetida sin rebozo, prepara la ruina de las sociedades, fascinando á las masas, siempre poco instruidas y poco acostumbradas á sospechar de la buena fe de los que las hablan.

De mil personas seducidas por la Revolucion, novecientas noventa y nueve son víctimas de esta táctica odiosa. ¡Ay de ella! ¡Ay de vosotros, seductores de los pueblos, que empleais la energía que Dios os concedió para servir á la sociedad en provecho de la mentira! Hijos de la Revolucion, no temeis llamar mal al bien, y bien al mal; sobre vosotros cae aquel terrible anatema: *Væ qui dicitis malum bonum et bonum malum! Væ genti insurgenti super genus meum!*

Pero ¿es cierto que la Revolucion sea tan perversa? ¿Es cierto que conspira de este modo contra Dios y contra los hombres? Escuchad sus propias confesiones; escuchad sus proyectos dignos del infierno.

## VIII.

Si es una quimera la conspiracion anticristiana de la Revolucion.

La Revolucion, preparada por el paganismo del Renacimiento, por el protestantismo y el volterianismo, nació en Francia, como hemos dicho, á últimos del siglo pasado. Las sociedades secretas, ya poderosas entonces, presidieron á su nacimiento. Mirabeau y casi todos los hombres de 89; Danton y Robespierre, y con ellos los demás malvados de 93, pertenecian á estas sociedades. Hace cuarenta años que el centro revolucionario ha cambiado de asiento.